

» y á la ruina » (9). Era á la inversa del payo del centinela, una consigna bien aprendida y mal observada.

## II

La agitación fué acreciendo en los días subsiguientes. Según la expresión de los mismos agitadores « los ciudadanos » parecían más bien leones de Arabia, que pacíficos peruanos » (10). El gobierno había desaparecido de hecho, la municipalidad era un órgano automático y la revolución anónima dominaba en las calles. Era un movimiento complejo y confuso, sin objetivo claro y plan fijo, pero que tenía su razón de ser. El sentimiento nacional contra los extraños que ejercían el poder, el sentimiento republicano contra los planes monarquistas del gobierno, la resistencia sorda contra el poder protectoral, la oposición electoral que procuraba tener representación en el próximo congreso, eran otras tantas causas concurrentes que obraban para darle impulso y significación.

Las hojas sueltas que se publicaban á manera de boletines, traducían embozadamente estos diversos sentimientos y tendencias. « Este gran paso del pueblo anuncia, » — decía su órgano en la prensa, — el primero majestuoso » de su libertad, que puede asegurarse empieza á gozarla, » porque con tal ministro al frente (Monteagudo), aunque » se habían roto las cadenas de la España, pero se habían

(9) El general Alvarado, en su « Mem. Hist. biog. », varias veces cit. (M. S. Arch. San Martín, vol. LXXII), omite estudiadamente ocuparse de este acontecimiento ruidoso, no obstante hacer mención del viaje del Protector y de su regreso después de la conferencia de Guayaquil.

(10) « Lima justificada », etc., pág. 10.

» roto de un modo que se nos habían quebrado las » manos » (11). En otra hoja suelta de la misma procedencia se decía : « Un misántropo orgulloso consideraba esta » capital (Lima) como una propiedad de conquista. Tiemblen » los tiranos y desengañense de intentar aherrojar á sus detestables cadenas á unos hombres que no ignoran, que la ambición de los opresores es reinar sin trabas, franquear los límites de toda ficción legítima y erigir en ley los caprichos del poder arbitrario. La gloriosa carrera que habéis comenzado, será marcada por las generaciones futuras como la época más importante del ser político y existencia de la patria. Desde ella señalarán el principio de su libertad, y os bendecirán como fundadores de sus privilegios. Es indispensable caminar con firmeza y no desmayar un punto en aniquilar todo lo que se resienta del ominoso nombre de opresión. Un momento de resolución y energía evitará grandes desastres. Un descuido en sofocar la oposición más pequeña hará derribar la obra comenzada, y se expondrá á que Mario vuelva sobre Roma respirando venganza, acordándose de las lagunas de Manturnio. Es imposible esperar bienes y honradez en la cueva de Caco » (12). Estos tiros, apuntados al ministro Monteagudo, herían de rebote al Protector.

El 29 volvió á reunirse la municipalidad, y exigió del gobierno que « para hacer cesar la exaltación de los vecinos » que podía inducirlos á abrazar medios violentos » era necesario el destierro del depuesto ministro (13). Así se hizo. El

(11) « El Republicano », núm. ext. cit.

(12) « Suplemento », hoja suelta sin fecha publicada en estos días, con un epígrafe de Virgilio : « *Nunc animis opus Ænea, nunc pectora firmas.* »

(13) Ofi. de la municipalidad de Lima al gobierno, de 29 de julio de 1822, en « Lima justificada », pág. 8.

general Alvarado, en nombre de la fuerza armada, dió su sanción á la revolución en términos tan contradictorios como equívocos: « Las reuniones tumultuosas, compuestas en » mucha parte de gente sin responsabilidad, me hicieron » justamente recelar que su continuación produjese la anar- » quía en el pueblo y la desmoralización en el ejército. Sin » contrariar las resoluciones del pueblo, me resolví á conte- » ner con la fuerza de las armas cualquier desorden que ata- » cara violenta y perpetuamente los principios fundamentales » de la actual administración. El ejército destinado á la pro- » tección de los derechos de los ciudadanos, tiene también » por objeto hacer respetar las autoridades establecidas, » mientras que una legítima y suficiente representación no » crea deber hacer innovaciones ». La conclusión á que arriba el general en jefe es sorprendente. « Enterada la » municipalidad de estos mis sentimientos, debía excusar la » insinuación sobre mi asenso á que el ministro depuesto » salga del territorio del Estado. Combatir el enemigo común » y cimentar la libertad de los pueblos, hé aquí el único » blanco á que deben tender sus operaciones públicas y pri- » vadas. Trate, pues, la municipalidad de considerarme muy » ajeno de intervenir en estas materias. Conozco los deberes » de los ciudadanos y me abstendré de disputar con la espada » unos procedimientos que nazcan de la razón y la justicia. » Puede por consiguiente la municipalidad hacer cuantas re- » clamaciones tenga á bien por el orden legal, segura de que » las armas no serán nunca una barrera que se oponga á sus » justos clamores » (14).

Tal era la situación que encontró San Martín á su regreso de la conferencia de Guayaquil (agosto 20). El pueblo lo re-

(14) Ofi. del general Alvarado á la municipalidad de Lima, de 29 de julio de 1822, en « Lima justificada », pág. 41-43.

cibió con demostraciones de simpatía, aclamándolo con entusiasmo. Riva Agüero y los principales revolucionarios se le presentaron ofreciéndole votos de adhesión. Él no se alucinó respecto de su popularidad ni se dejó arrastrar por el despecho al ver su autoridad moral ajada. Vió claramente que la opinión indígena no le era propicia y estaba fatigada de su dominación (15); que el ejército estaba desligado de él (16); que había cometido el error de confiar el gobierno á manos ineptas y débiles (17); que su ministro Monteagudo era un instrumento quebrado por la tensión que había dado á los resortes de presión (18); que él no era ya un hombre necesario y podía ser un obstáculo al pronto triunfo de la independencia, definitivamente asegurado; que en tales circunstancias prestaba un servicio á la causa de la América eliminándose como hombre público; y se eliminó conscientemente (19).

(15) En Carta de 25 de agosto de 1822 (escrita en estos mismos días) decía San Martín á O'Higgins: « Ya estoy cansado de que me llamen tirano ». M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

(16) « El general Alvarado, mostrándose tan oficioso como impasible, pudo tal vez lisonjearse de haber ganado la simpatía del pueblo blandamente tratado. Quien realmente ganó, fué el partido de Riva Agüero, que desconcertó la administración y logró hacer ver que el ejército estaba *ya desligado* del general San Martín ». (Arenales: « Memoria histórica », cit. pág. 196.)

(17) « Reasumi el mando supremo, á fin de separar de él al inepto y débil Torre-Tagle ». (Carta cit. de San Martín á Bolívar, de 29 de agosto de 1822.)

(18) En la misma carta antes cit. de agosto de 1822, de San Martín á O'Higgins, se lee: « Á mi llegada á esta me encontré con la remoción de Monteagudo. Su carácter lo ha precipitado. Yo lo hubiera separado para una legación, pero Torre-Tagle me suplicó varias veces lo dejase, por no haber quien lo reemplazase ». M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

(19) En la carta al presidente Castilla, de 11 de setiembre de 1846, antes citada, dice el mismo San Martín: « Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometía mi honor y reputación, sino que me era tanto más sensible, cuanto conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23 ».

Podía aún mantenerse en el poder. Tenía á sus órdenes un ejército acostumbrado á obedecerle, que le era fácil volver á dominar; contaba en el país con un partido poderoso, y con estos elementos de fuerza y de opinión no le era difícil imponerse. Pero para esto, tenía que retemplar con mano de hierro los resortes de su autoridad adoptando una política de represión, que le repugnaba; de todos modos, al fin chocaría con el congreso que había convocado, cuyo espíritu era oposicionista y podía producir un escándalo. Prefirió entregar á los hijos del Perú sus propios destinos políticos, para que se gobernasen por sí mismos, después de proveer á su defensa. Fué entonces, cuando escribió á Bolívar: « Mi partido está » irrevocablemente tomado: he convocado el congreso del » Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré » para Chile » (20).

Fiel á la consigna del silencio que se había impuesto, para no divulgar las verdaderas causas de su retirada, escribió al mismo tiempo á su amigo O'Higgins, cubriéndola con su cansancio y el mal estado de su salud: « Me reconvendrá » usted por no concluir la obra empezada. Tiene V. mucha » razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me » llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta de- » monio. Por otra parte mi salud esta muy deteriorada: la » temperatura de este país me lleva á la tumba. En fin, mi » juventud fué sacrificada al servicio de los españoles y mi » edad media al de mi patria. Creo que tengo el derecho » de disponer de mi vejez. Será la última carta que le » escriba » (21).

Vienticinco años más tarde, después de publicada su carta

(20) Carta de San Martín á Bolívar, de 29 de agosto de 1822, cit.

(21) Carta de San Martín á O'Higgins, de 20 de agosto de 1822. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

á Bolívar en que daba el verdadero motivo de su retirada, explicando la lucha porque pasó su espíritu en aquel momento, decía: « Este costoso sacrificio, y el no pequeño de » tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en » aquellas circunstancias), me obligaron á dar este paso que » comprometía mi honor y mi reputación, con esfuerzos que » no está al alcance de todos poder calcular » (22). El sacrificio quedó así fríamente consumado, en nombre del deber y de la necesidad, en el silencio de la propia conciencia.

### III

El Protector al decidirse á entregar al Perú sus propios destinos, se impuso el deber de proveer á su seguridad, poniendo en sus manos la espada con que debía libertarse por sí sólo, si esto era posible; y por si acaso se quebraba en sus manos, — como sucedió, — dejaba abiertas las puertas por donde debía penetrar la reserva de Bolívar, que contaba con los medios para triunfar definitivamente. Con este objeto, reasumió el mando y se ocupó con actividad en remontar su ejército, trazando el plan de campaña que hacía tiempo tenía en su cabeza y que había pensado ejecutar personalmente, solo ó con la concurrencia de las fuerzas colombianas.

Á fines de agosto, las fuerzas peruanas, chilenas, argentinas y colombianas reunidas en el Perú, ascendían á más de 11,000 hombres según su cómputo (23). No era una situa-

(22) Carta de San Martín al presidente del Perú, Ramón Castilla, de 11 de setiembre de 1822, cit.

(23) En carta de 25 de agosto de 1822, decía San Martín á O'Higgins: « Se ha reforzado el ejército con tres batallones y tres escuadrones: » tres de los primeros son de Colombia. El total del ejército se compone » en el día de más de 11,000 veteranos ». M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

ción militarmente perdida la que entregaba. Además, una expedición de 1,000 hombres enviada por el gobierno de Chile, debía reforzar en Arica el ejército destinado á operar en puertos intermedios. Con estas fuerzas bien dirigidas, podían emprenderse operaciones decisivas con algunas probabilidades de triunfo, y San Martín confiaba en sus buenos resultados. « El éxito de la campaña que se va á emprender » no deja la menor duda de su éxito », escribía á O'Higgins al anunciarle su resolución de retirarse. Podrá echársele en cara, que con esta confianza, no emprendiese él mismo la campaña. La única explicación racional de este alejamiento, es que comprendía, que su presencia era el « único obstáculo » que se oponía á que Bolívar concurriese con todäs sus fuerzas, y pensó que su ausencia aceleraba ó facilitaba el auxilio de la poderosa reserva colombiana, que á todo evento aseguraba el triunfo final. Sabía, como lo había dicho, que sus elementos no eran suficientes para fijar la victoria, aunque bastantes para probar fortuna con probabilidades de éxito. En tal situación, y en este sentido combinaba todo, prescindiendo de su persona. Sin duda que habría sido más heroico para San Martín ponerse al frente de su ejército y realizar por sí mismo el plan combinado en que tanto confiaba. Vencedor, tenía tiempo de retirarse legando la victoria, y vencido cumpliría su último deber como general, corriendo la suerte de sus últimos soldados. Empero, había también su heroísmo moral, al renunciar al poder y á la gloria, exponiéndose á ser tachado de pusilánime. Por eso ha dicho él mismo con plena conciencia de lo que hacía, que « sa- » crificaba su honor y su reputación por servir á la Amé- » rica » (24).

El plan de San Martín, si no muy seguro, y tal vez iluso-

(24) Carta al presidente Ramón Castilla, cit.

rio en algunas de sus partes, era racional, y prometía ventajas positivas sin comprometer mucho, con sólo conducir las operaciones con precisión y actividad. Consistía, en lanzar un ejército de 4,300 hombres por intermedios, dándole por nervio los veteranos de los Andes y de Chile, para obrar sobre la sierra del Sud y el Alto Perú en combinación con la columna del guerrillero Lanza que simultáneamente obraría en el Alto Perú, llamando á sí una parte de las fuerzas del ejército español diseminadas desde Jauja á Huancayo, Cuzco, Arequipa y Puno hasta la frontera norte argentina (25). Al mismo tiempo, desprender otro ejército de igual fuerza sobre la sierra del centro, que penetraría por Pisco, para cortar la línea del enemigo, á la vez que impedir que el grueso de sus fuerzas cargase sobre la expedición de puertos intermedios, y ganada la primera batalla, como era probable, obrar en combinación ambos ejércitos (26). Bolívar, anticipadamente

(25) « La expedición á Intermedios al mando de Alvarado, saldrá de » 12 al 15 de setiembre, fuerte de 4,300 hombres escogidos. Arenales debe » amenazar de frente á los de la sierra, para que Alvarado no sea ataca- » do por todas las fuerzas que los enemigos podrían reunir. La divi- » sión de Lanza, fuerte de 900 hombres armados, debe cooperar á este » movimiento general. Es imposible tener un mal suceso ». (Carta de San Martín á O'Higgins de 25 de agosto de 1822. M. S. Arch. San Martín, vol. XLII.)

(26) Parece que el objetivo principal de la expedición por intermedios, dando por segura la victoria en la sierra del sud y la ocupación de la del centro, era el Alto Perú, y que esto respondía á la vez á un pensamiento militar y político, según se deduce de las instrucciones escritas que San Martín dejó á Alvarado sobre el particular. En ellas le dice: « Art. 4. » Como general en jefe del ejército de los Andes, mantendrá ileso y en » su respectiva integridad todo el territorio que por sus límites corres- » ponden á las Provincias Unidas del Río de la Plata; y si los prósperos » sucesos que espero, libertasen del todo dichas Provincias (del Alto Perú), » convocará un congreso general ó una convención preparatoria según » las circunstancias lo exigieren y lo demande la unidad del país (ar- » gentino). » M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVII). El hecho de recon- centrar en esta expedición todas las fuerzas argentinas, resto del ejército de los Andes que existían en el Perú, revela que en el fondo había un

consultado, declaró excelente el plan, reservándose ponerle obstáculos, y condenarlo después del mal éxito. El hecho pareció demostrar, que la victoria no debiera buscarse por ese camino y que se encontró por otro. Así mismo, tan mal ejecutado como fué el plan, — y no pudo serlo peor, — vióse que pudieron haberse conseguido ventajas, si no decisivas, por lo menos muy considerables. Es probable que si el mismo San Martín lo hubiese combinado sobre el terreno, lo habría modificado, cargando con toda su fuerza sobre el punto más débil del enemigo, y limitándose á llamar la atención de una manera seria sobre el que debía ser meramente concurrente, en vez de dividir las probabilidades con dos ejércitos de igual fuerza, en que perdido el uno, se inutilizaba el otro, ó se perdían los dos. Pero los planes de campaña no son absolutamente buenos ni malos, cuando son racionales, sino con relación á la idiosincracia del general que los concibe y ejecuta por sí. Napoleón, cuando pretendía dirigir teóricamente las operaciones de Moreau, se convenció que los planes de campaña, relativamente malos ó buenos, sólo son bien ejecutados por el general que los concibe, según su temperamento y los recursos que tiene dentro de sí mismo (27).

Después de proveer á la seguridad del Perú, y organizar la victoria á todo evento, según él lo entendía, ocupóse de la suerte política del Perú, sobre la base de su irrevocable retirada; de nadie se aconsejó, á nadie confió su secreto, y tan sólo interrogó su propia conciencia. Solamente comunicó su resolución á O'Higgins y Bolívar; pero antes que sus contestaciones llegaran, el hecho estaría consumado. Debió ser en un momento melancólico para el hombre que había sido du-

pensamiento argentino, á fin de reconquistar las provincias del Alto Perú para su patria, y detener allí el avance invasor de Bolívar que preveía.

(27) Thiers : « Le Consulat et l'Empire », cap. Hohenlinden.

rante cinco años el árbitro de la mitad de la América del Sud, y la suprema resolución, como él mismo lo ha dicho con reconcentrada emoción, costóle sin duda « esfuerzos que él « sólo pudo calcular », al tomarla y ponerla en ejecución.

## IV

El 20 de setiembre de 1822, instalóse con gran pompa el primer congreso constituyente del Perú. San Martín se despojó en su presencia de la banda bicolor, símbolo de la autoridad protectoral. « Al deponer la insignia que caracteriza al » jefe supremo del Perú, dijo, no hago sino cumplir con mis » deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que » agradecerme los peruanos, es el ejercicio del poder que el » imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy felizmente que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces » y tino que necesita para hacer la felicidad de sus representantes. Desde este momento queda instalado el congreso » soberano, y el pueblo reasume el poder en todas sus partes. » En seguida, depositó sobre la mesa del congreso seis pliegos cerrados y se retiró entre vivas y aplausos estruendosos. Abrióse uno de los pliegos. Era su renuncia irrevocable de todo mando futuro : « El placer del triunfo para un guerrero » que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo le produce la » persuasión de ser un medio para que gocen de sus derechos ; mas hasta afirmar la libertad del país, sus deseos no » se hallan cumplidos, porque la fortuna varía de la guerra, » muda con frecuencia el aspecto de las más encantadoras » perspectivas. Un encadenamiento prodigioso de circunstancias ha hecho ya indudable la suerte futura de la América ; y la del pueblo peruano sólo necesitaba de la representación nacional para fijar su permanencia y prosperidad.